

## CAPÍTULO VEINTIGUATRO COMENTARIO DE CANTAR DE LOS CANTARES

Este es el último capítulo que dedicamos al comentario del libro “Cantar de los Cantares”. Continuamos a partir del versículo cuatro del capítulo siete, con la descripción del cuerpo de la esposa, conforme a los contenidos de las elaboraciones oníricas de la misma. La siguiente parte del cuerpo que se analiza es la nariz: más bien lo que nosotros entenderíamos como cara y cuello:

*Tu nariz, como la torre del Líbano,*

*Que mira hacia Damasco.*

En la época de Salomón el reino de Israel, que constituía por aquel entonces un imperio, por su frontera norte limitaba con el sur del Líbano. En esta frontera había unas torres militares que miraban hacia Damasco, como ocurre en el día de hoy. A veces da la impresión de que el tiempo no hubiera trascurrido. En aquella época, como en los tiempos actuales, los vigilantes de estas torres escrutaban la realidad que se observaba al otro lado, en Damasco y en toda Siria. Salomón, después de una gran campaña de guerra, había extendido mucho su reino y conseguido un extenso periodo de paz.

Pero vayamos al análisis de esta parte del cuerpo de la esposa, tal y como hemos venido haciendo en otros capítulos. Comencemos analizando para qué sirve la nariz desde el punto de vista anatómico y fisiológico: la nariz sirve fundamentalmente para respirar. Si interpretamos, esta función, desde un punto de vista alegórico, diríamos que la Iglesia tiene que respirar el viento del Espíritu, que es lo mismo que decir que tiene que “pneumatizarse” (pneuma=espíritu, aire, viento) con la misma esencia de Dios. Pero la nariz también sirve para calentar el aire que se respira. Esta función es muy importante, porque el aire debe de entrar en nuestro cuerpo a una temperatura determinada que sea homeostática para nuestra salud. Digamos que la nariz es una especie de aparato de aire acondicionado que se regula según nuestras necesidades vitales. Si llega aire muy frío a nuestros pulmones podemos sufrir afecciones patológicas graves que incluso nos pueden producir la muerte. Pero la nariz tiene más funciones primordiales para favorecer que nuestra salud se vaya deviniendo a favor del principio de la vida. Otra de las funciones de la nariz es la de detener las partículas impuras que pueden ir suspendidas en el aire que inspiramos. Aire que contiene el oxígeno que a través de todo el aparato respiratorio (nariz, parte superior de la garganta, laringe, tráquea, bronquios y pulmones) debe de llegar a nuestro torrente sanguíneo y aportar vida a todos los órganos y células de nuestro cuerpo. Cuando los elementos nocivos de cualquier especie (partículas deletéreas, microbios, etc.) no son detenidos en la nariz, pueden -al llegar a los diversos órganos y células del cuerpo- dar al traste con la salud de una persona. Cuando el filtro de las fosas nasales no puede detener a elementos peligrosos para la salud, ésta resultará seriamente quebrantada y sumergida en un posible devenir “tanático”. Realizando una hermenéutica de metodología alegórica, la nariz puede servir en la Iglesia para detener “esas zorras pequeñas que echan a perder las viñas” de las que se habla en el libro que venimos comentando.

La nariz también sirve para secretar moco en sus células pilosas internas. Así que, este órgano, es la puerta fundamental para inspirar el aire como elemento biológico imprescindible para nuestra vida, detener las impurezas que este aire pudiera llevar, regular la temperatura del mismo y segregarse una mucosidad que envuelve a todas las partículas que pudieran llegar a las fosas nasales y, finalmente en forma de moco, expulsarlas al exterior. Todas estas funciones de la nariz podríamos aplicarlas a la realidad vital de la Iglesia, que necesita una nariz para inspirar el “*pneuma*” divino (la Palabra de Dios sin dolo, sin engaño), templar su temperatura, detener todas las impurezas (doctrinas aberrantes y desestructuradoras de su sentido de identidad cristológico) que pudiera llevar y expulsarlas erradicándolas de su economía, evitando así las enfermedades que pudiera padecer y favoreciendo su salud integral.

Finalmente, en la nariz se registran los olores, tanto los buenos y agradables, como los malos, nauseabundos y desagradables. Esta capacidad olfativa nos permite evitar el medio en que podíamos contaminarnos; la nariz nos avisa de antemano para que evitemos los malos olores que siempre nos hablan de residuos fétidos, de los cuales debemos librarnos y evitar la contaminación tanto orgánica como anímica y espiritual. Respecto del olor que deberíamos desprender los cristianos, el apóstol de los gentiles en su segunda carta a los Corintios escribía: *“Más a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo en Cristo Jesús, y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo en los que se salvan, y en los que se pierden; a éstos ciertamente olor de muerte para muerte, y aquellos, olor de vida para vida. Pues no somos como muchos, que medran falsificando la Palabra de Dios, sino que con sinceridad, como de parte de Dios, y delante de Dios, hablamos en Cristo”*.

Finalmente vamos a ocuparnos del último y primordial órgano que se describe: la cabeza.

*“Tu cabeza posa sobre ti, como el*

*Carmelo;*

*Y tu suelta cabellera es lustrosa como la*

*Púrpura,*

*Un Rey está preso en sus trenzas”*

Como sabemos, en el libro de “Cantares” están descritos los diversos órganos y miembros del cuerpo de la esposa. La cabeza forma parte fundamental de esos miembros. Y se describe de una manera un tanto peculiar: *“tu cabeza sobre ti”*. No se puede decir desde el punto de vista orgánico y anatómico, y mucho menos neurofisiológico, que la cabeza está sobre nosotros. El original hebreo no expresa esta idea, orgánicamente inadmisibles. Algunos autores piensan que aquí no se está hablando de la cabeza; sino de algo que está puesto encima de ella, pero considero que sus argumentos no tienen un fundamento teológico serio. Es cierto que en “Cantares” hay alguna ocasión en que se menciona el velo; por ejemplo, cuando se dice: *“tus ojos detrás de tu velo”* (Cantares 4:3) Pero el término hebreo que aquí se utiliza para velo tiene el sentido de “guedejas”. Esto hace referencia al pelo que cae sobre la frente de una persona. Fray Luis de León, con un análisis más riguroso, afirma que aquí se habla del cuero cabelludo y del cabello. Mi humilde opinión es otra. Creo que se está hablando de una cabeza sobre la persona considerada –anatómicamente– como un cuerpo integral, de los pies a la cabeza. Si este análisis alegórico lo trasladamos a la Iglesia y a Cristo; la esposa-Iglesia, sería el cuerpo de Cristo y Él, sería la cabeza. También considero que aparte del sentido espiritual se estaría haciendo referencia a un sentido orgánico. Lo que en esencia se nos está diciendo es que

todos los órganos descritos, desde los pies hasta el cuero cabelludo, no funcionan sin la cabeza. La cabeza es el órgano “supra-personal” que emite órdenes para estimular y regular el buen funcionamiento del organismo. En verdad, se ve en el cerebro, se oye en el cerebro, se gusta en el cerebro, se toca en el cerebro.... Esta realidad que está perfectamente verificada en el funcionamiento neurofisiológico del ser humano, tiene su referencia paradigmática en la relación del cuerpo de Cristo (la Iglesia) y Cristo, que es la cabeza de la Iglesia.

El concepto eclesiológico que considera a la Iglesia como cuerpo místico de Cristo, no resiste un análisis exegético y hermenéutico serio, profundo y enjundioso. En el capítulo cinco de la carta a los Efesios, que supuestamente escribió el apóstol Pablo, se escribe sobre el matrimonio cristiano y su relación referencial con el paradigma trascendente de Cristo (el esposo) con la Iglesia (la esposa). El arquetipo metafísico conyugal y ontológicamente trascendente, es aquel que se establece en la misma interioridad de Dios, y es pre-cósmico y pre-antropológico. En Efesios 5:24-32 encontramos: *“Maridos amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó así mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela así mismo, una Iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, así mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia, porque somos de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dejará el hombre (griego-“antropos”) a su padre y a su madre, y se unirá (griego-se apegará) a su mujer, y los dos serán una sola carne (griego-“sarka”, que se corresponde con el vocablo hebreo “basar”, que significa: el YO en su dimensión y expresión corporal). Grande es este misterio; más yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia”.*

Creo que queda suficientemente claro que la unión de Cristo con la Iglesia, lejos de ser mística en el sentido puramente religioso, es verdaderamente orgánica y vinculante en los aspectos somáticos, psíquicos y “pneumáticos”.

Con “El sueño de la sulamita” he querido sostener que en el libro de “Cantar de los Cantares” no existe más que un personaje: la esposa, que duerme y sueña. Y mediante el análisis de sus contenidos oníricos hemos ido viendo la conciencia que tiene de sí misma y de su esposo. Cuando los contenidos subliminales que viven reprimidos en las profundidades de nuestro corazón ascienden a nuestra conciencia y planifican nuestro Yo, es cuando se dan las condiciones idóneas para una verdadera realización inmanente y trascendente en Aquel que es nuestra Esperanza.